

Además de esta obra colosal hizo profundizar Aureliano el lecho del Tíber en diferentes puntos y prolongó grandemente los muelles en direccion del río. En la orilla derecha construyó nuevas termas de invierno; en el jardín de Salustio, en la colina de los jardines, un hipódromo rodeado de un pórtico de columnas, y en el distrito VII, junto al Quirinal, un templo lujoso dedicado á su divinidad favorita, el dios Sol de los orientales.

No obstante la importancia de estas obras, la atencion del emperador continuó por mucho tiempo fijándose principalmente en la guerra, porque si nada había que temer por lo pronto de los germanos, convenia recobrar las provincias orientales dominadas por la reina Zenobia, que con sus eminentes cualidades, su talento, belleza, gracia y gusto exquisito, había conquistado no solamente dilatadas provincias sino tambien la admiracion y el corazon de los pueblos. A su dulzura seductora unia una fuerza de voluntad imponente y una inteligencia clara y penetrante. Estas cualidades y su vasta instruccion la hacian tomar el mas vivo interés en las grandes cuestiones religiosas de su época, en las cuales estaba



Moneda de bronce de Aureliano con la inscripcion: IMP(erator) C(aius) AVRELIANVS AVG(ustus)

perfectamente enterada, sin dejarse llevar por eso hasta el fanatismo. Firme y rígida cuando el caso lo requeria, sabia como ninguna otra soberana conquistar la admiracion de sus tropas con su destreza y resistencia en los ejercicios corporales; montaba á caballo como una amazona; compartía con sus tropas las fatigas de las marchas mas penosas caminando á pié como sus soldados; mostraba en todas las ocasiones un valor nada comun; era liberal y benévola; y cuando la política lo hacia necesario, asistía tambien á los banquetes y festejos de sus generales. En cuestiones trascendentales era calculadora, sagaz y prudente, y una vez tomada una resolucion, la ejecutaba con firmeza inquebrantable.

Con tales y tantos méritos, esta reina admirable era necesariamente un obstáculo con el cual no podia transigir ninguno de los grandes emperadores que despues de la muerte de Galieno tuvieron la mision de restablecer el poder romano; y así cuanto mas se esforzaba Zenobia por afirmar y extender su poderío, mas empeño debían poner los emperadores en acabar cuanto antes con su reino. El emperador Claudio, si hubiera vivido mas tiempo, se habria encargado ciertamente de esta tarea, porque cabalmente en su reinado la reina Zenobia extendió el brazo al Egipto, como lo habían extendido desde tiempo inmemorial todos los soberanos de Siria, ya griegos, ya asiáticos, cuando para ello se habían considerado bastante fuertes. Los proyectos de la reina encontraron favorable acogida en el Egipto, donde un ciudadano opulento, llamado Timagenes, se ofreció á facilitar la invasion de los palmiranos, bajo cuya proteccion pensaba despues hacerse rey del país. Estando el gobernador general del Egipto, que era Probo, con sus fuerzas persiguiendo á los godos en el mar Egeo, á fines del año 267 ó principios del siguiente, penetró en el Egipto un ejército palmirano de setenta mil hombres á las órdenes de un general llamado Zabdas y conquistó todo el Bajo Egipto. Al regresar el valiente y diestro Probo, emprendió la guerra con sus tropas egipcias y africanas contra los palmiranos y obtuvo bastante buen éxito hasta

que sufrió una regular derrota junto al castillo de Babilon, al Sur de la ciudad de Heliópolis. Esta derrota permitió á los palmiranos establecerse sólidamente en una parte del país, quizás haciendo con Roma un tratado que salvó las apariencias para el imperio. De la misma manera la reina Zenobia extendió su poder del lado del Asia Menor, tambien sin grandes esfuerzos, atendida la situacion crítica del imperio romano. En el año 270 la soberanía de Zenobia fué reconocida en el Asia Menor hasta la ciudad de Ancira en la Galacia; y no contenta la reina con esto quiso además someter la Bitinia y las plazas que dominaban el mar de Mármara, ya para redondear sus Estados, ya para hacerse dueño del comercio de aquella importante vía marítima. Pero con la proclamacion de Aureliano, en el verano del año 270, se hallaron todos los pueblos del imperio animados de un nuevo espíritu, y las tropas de la reina de Palmira encontraron en toda aquella parte del Asia Menor una resistencia decidida. En el curso del año siguiente supo Zenobia que Aureliano estaba haciendo preparativos para destruir su imperio, y entonces se decidió á tomar una actitud francamente hostil á los romanos y entró en negociaciones con el emperador particular de la Galia, mientras sus tropas avanzaban hasta el Bósforo.

En el año 271 presentaba el imperio palmireno un aspecto majestuoso. La capital, Palmira, se había trasformado en una ciudad digna de ser la capital del Oriente. Rodeada de fortificaciones poderosas contenía en su recinto, además de su magnífico templo del Sol, un gran número de otros edificios monumentales. La administracion, organizada á la romana, era excelente, y la de la hacienda en especial podia servir de modelo á la misma Roma. La reina, que poseía los idiomas principales de su época, se afanaba por unificar los distintos elementos nacionales y religiosos de su imperio; bajo su dominio podían celebrar libremente sus cultos los sirios paganos, los muchos é influyentes judíos, los griegos y los orientales grecizados, que constituían la parte mas interesante de las poblaciones urbanas, y la no menos numerosa y bien organizada poblacion cristiana. Las opiniones religiosas de la sabia y tolerante reina eran monoteistas; mas por desgracia suya estaba el mundo todavia demasiado atrasado para aprovechar y mas todavia para agradecer las elevadas ideas y la tolerancia de Zenobia. Los habitantes romanos y griegos y los romanizados y grecizados, no podían desprenderse de sus aficiones al imperio romano hasta el punto de confundirse con los orientales, y los jefes de las religiones mas poderosas tampoco estaban dispuestos á ceder ni en los puntos mas insignificantes en obsequio de una fusion de nacionalidades. Los rabinos ortodoxos miraban con recelo las tendencias de la reina y los jefes de las comunidades cristianas del Egipto y de la Siria no ocultaban su disgusto por la proteccion que Zenobia dispensaba al obispo herético Pablo de Antioquia.

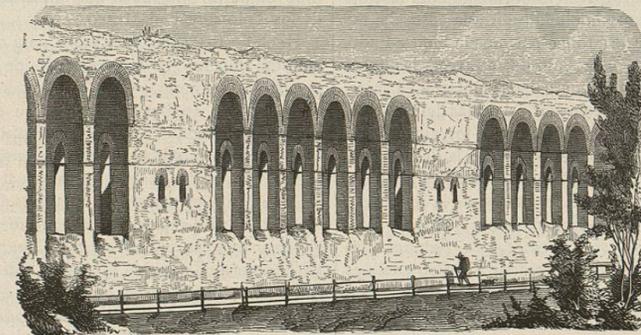
Este obispo, natural de Samosata, era un erudito muy al corriente de las doctrinas de todas las escuelas filosóficas de su época. Como cristiano dogmático defendía la doctrina de que Jesucristo no fué divino desde un principio, y el Espíritu Santo era para él solo la fuerza impersonal de Dios Padre; doctrinas que discrepaban fundamentalmente de las opiniones de los teólogos mas notables del Oriente. Por esto, y por su conducta personal indigna, fué excluido de la comunidad cristiana por un sínodo reunido en Antioquia en el año 269. A este hombre de grandes conocimientos y talento confió la reina Zenobia la direccion administrativa de Antioquia, lo cual le dió un poderío extraordinario.

La reina Zenobia había llamado á su corte á uno de los representantes mas célebres entonces de las letras y ciencias griegas, el platónico Dionisio Casio Longino, hijo de una

señora de Emesa llamada Frontonis, hermana del retórico Fronto, profesor de retórica en Atenas, donde quizás nació tambien Longino, probablemente en el año 213. En aquella época florecía la filosofía en la capital de Grecia y el neoplatonismo todavia no se había declarado competidor del cristianismo. Longino había hecho sus estudios en Alejandría, donde había entrado en relaciones íntimas con los grandes creadores de la teoría neo-platónica, especialmente con Plotino; y aunque genio independiente, clarísimo y penetrante, siguió el impulso poderoso de la nueva escuela filosófica alejandrina, pero en el concepto del platonismo científico, sin dejarse llevar de la corriente teosófica y mística en que luégo entró el neo-platonismo. En efecto, Longino era un genio lógico y pensador mas que moralista exclusivo; su erudicion profunda y correctísima era tan imponente y tan sin rival, que sus contemporáneos le llamaban *biblioteca ambulante*; su estilo vivo, su gusto purísimo, su tacto crítico

penetrante, y sobre todo la elevada nobleza de su alma, le habían procurado, cuando enseñó en Atenas desde el año 240, una fama universal en cuestiones de gramática, retórica y estética; y por último, como crítico, era una autoridad casi inapelable.

La situacion aflictiva de la Grecia, y en especial de la universidad de Atenas en el reinado de Galieno, y quizás la invasion de los godos en el año 267, dieron á su vida una nueva direccion. En un viaje que hizo á su patria, la Siria, por estar su familia establecida en Emesa, aceptó una invitacion de la reina Zenobia y se estableció en Palmira, donde escribió un panegírico de Odenato y dirigió los estudios de la reina, de la cual acabó por ser el ministro principal y mas influyente. Era natural que él y la reina procurasen que la capital política y administrativa del imperio palmirano fuese tambien capital de la ciencia. A este fin, Longino encargó al neo-platónico Amelio la fundacion de una escuela, que



Vista interior de la muralla de Aureliano en Roma

se estableció por lo pronto en Apamea; pero esta escuela no llegó á desarrollarse á causa del cambio político que sobrevino, cambio que destruyó el imperio de Zenobia y causó la muerte de Longino. Este filósofo nunca había creído que el imperio romano recobraría fuerzas bastantes para destruir el de Palmira.

Aureliano había concluido sus enérgicos preparativos á fines del año 271, y en la primavera del año siguiente trasladóse á Bizancio con su ejército, reforzado durante la marcha con tropas del Danubio. En el camino derrotó á una numerosa expedicion goda que había invadido aquellas provincias, y al presentarse en el Asia Menor reconquistó sin trabajo todo el país hasta la plaza fuerte de Tiane, que defendía los desfiladeros de Cilicia. Tiane le ofreció una tenaz resistencia, pero cayó tambien, y entonces los romanos pudieron avanzar rápidamente hasta cerca de Antioquia, donde estaba la reina Zenobia. A dos horas de esta ciudad esperaba al enemigo el general Zabdas con el ejército palmirano, cerca de Dafne (hoy Beit-el-Ma), y se libró la batalla á orillas del Orontes, quedando la victoria por los romanos. A consecuencia de la hábil estrategia de Aureliano, Zenobia tuvo que renunciar á la defensa de Antioquia despues de convencerse de que no podia contar ni con los judíos ni con los griegos ni con los cristianos. Abandonó, pues, la ciudad y penetró á toda prisa en el interior del país. Entre tanto Aureliano se mostró tan benigno y tolerante que á pesar de ser adversario del cristianismo y partidario fanático del culto del Sol, tuvo el tacto de complacer á los obispos cristianos del Oriente destituyendo al famoso Pablo de Samosata, con lo cual se ganó el afecto de todos los cristianos.

Continuando despues su marcha en direccion de Emesa, alcanzó una gran victoria sobre el ejército palmirano cerca de la ciudad de Imas, á consecuencia de la cual todas las ciudades de la comarca le abrieron sus puertas, dejándole expedito el camino hasta Emesa. Allí se le opuso el cuerpo principal del ejército de Palmira, compuesto de 70,000 hombres. En la dilatada llanura que se extiende delante de Emesa, y á la vista de la ciudad misma, se dió una batalla horrorosa, en la cual los arqueros, la caballería cubierta de corazas y la ligera de los sarracenos y amalecitas, auxiliares del ejército de la reina, hicieron prodigios de valor luchando con la caballería mauritana, las legiones del Danubio, una parte de la guardia pretoriana y las tropas auxiliares movilizadas en Asia. Despues de enormes pérdidas por ambas partes, y principalmente por la de los romanos, inferiores en número, la táctica superior del emperador y el irresistible empuje de las legiones obtuvieron la victoria. La reina no se creyó ya segura en Emesa y se retiró á Palmira, con cuya poblacion podia contar. Allí esperaba recibir auxilio de Persia y calculaba además que en medio del desierto había de resultar difícilísima la situacion del ejército enemigo si las tribus árabes le cortaban las comunicaciones y los víveres. Así sucedió en efecto, y los romanos, solo despues de una penosa marcha al través de los páramos, pudieron llegar al oasis y acampar delante de la magnífica capital, que tenía entonces un perímetro de casi cinco horas.

Los palmiranos hicieron una resistencia tenacísima, y á la intimacion del emperador de capitular bajo condiciones equitativas, contestó Zenobia con una carta muy orgullosa que Aureliano tomó por un ultraje. Poco á poco fué cam-

biando la situación en perjuicio de la reina, porque los persas, que tenían el mayor interés en auxiliarla en su resistencia, se mostraron sumamente fríos. A la muerte de Sapor I, ocurrida en el año 271, había subido al trono de Persia su hijo, Hormisdas I, el cual al año siguiente fué depuesto á consecuencia de desórdenes políticos interiores, y reemplazado por su hijo Varanes I. Este tomó á pechos la causa de la reina de Palmira, á la cual envió un cuerpo de tropas; pero este auxilio era demasiado débil para resistir á los romanos y la expedición fué derrotada.

De paso diremos aquí que el rey Sapor I había estado ocupado, en los últimos años de su reinado, en perseguir una nueva secta religiosa compuesta de elementos de la antigua religión caldea, de la antigua persa del fuego y del cristianismo. La nueva religión, llamada maniquea, era decididamente dualista y había sido fundada por Manes, hombre ascético y de genio especulativo, que había nacido en el año 214 en Ctesifonte.

Cuando en Palmira se sintieron los tormentos del hambre resolvió Zenobia abandonar la ciudad é ir á la corte del rey de Persia para determinarle á tomar parte en la lucha. Pudo, en efecto, salir del recinto de Palmira, atravesar las líneas enemigas, probablemente por una galería subterránea secreta, y llegar montada en un dromedario á orillas del Eufrates; pero al disponerse á cruzarlo la alcanzaron los ginetes que Aureliano había enviado en su persecución y la llevaron prisionera al campamento romano. Entonces obtuvo en Palmira la supremacía el partido que estaba á favor de la rendición, y á principios del año 273 aproximadamente quedó la campaña al parecer concluida con la entrega de Palmira. Las inmensas riquezas que atesoraba la ciudad cayeron como es de suponer en manos del vencedor; pero por lo demás los habitantes fueron tratados con mucha benignidad. Solo las personas principales fueron castigadas en el consejo de guerra que celebró Aureliano, durante su marcha de regreso, en la ciudad de Emesa. Allí faltó el valor á la gran reina de Palmira, que sabía que su vida estaba amenazada por la venganza de su ejército furioso; y temiendo la severidad de Aureliano, atribuyó la culpa de todo á sus consejeros, de quienes dijo que eran los que habían redactado aquella carta insolente. En su consecuencia todos ellos, y á su cabeza el noble y eminente Longino, murieron á manos del verdugo. La reina fué conducida á Roma para adornar la entrada triunfal del vencedor.

La tragedia de Palmira tuvo no obstante un epílogo. Aureliano había salido de Asia demasiado pronto, y cuando todavía estaba ocupado en la península balcánica en rechazar á su paso una invasión de carpos, recibió de Marcelino, su gobernador general de la Mesopotamia, la noticia de que en Palmira había estallado una gran sublevación. Se comprende que en aquella capital, hasta entonces tan próspera, la población no pudiera consolarse tan pronto de ver de un golpe rebajada su ciudad desde el puesto de capital del Oriente á la modesta condición de plaza mercantil de provincia. A esto se agregó que el rey de Persia, arrepentido de haber tolerado la destrucción del imperio de Zenobia, excitó á la insurrección á los ya exaltados habitantes. Un antiguo partidario de Zenobia, el opulento y poderoso M. Firmo, fabricante de papel, naviero y comerciante en Alejandría, que había tenido hasta entonces grandes relaciones con la plaza de Palmira y era popularísimo en el país del Nilo, se puso á la cabeza del movimiento y se proclamó emperador del Egipto. En Palmira, al mismo tiempo, la población pasó á cuchillo á la guarnición romana, y habiéndose negado Marcelino, el gobernador de Mesopotamia, á ponerse á la cabeza del movimiento, los palmiranos proclamaron soberano á un pariente

de Zenobia llamado Aquiles. Por su parte el rey de Persia prometió socorrer á Palmira con un gran ejército.

Al saber Aureliano estos sucesos, regresó al instante con su ejército al Asia, y á marchas forzadas se dirigió al oasis de Palmira. La rapidez de este movimiento destruyó todos los cálculos de los enemigos; la ciudad se vió obligada á entregarse sin lucha y á discreción, y entonces los vencedores hicieron en ella una matanza general y destruyeron la soberbia ciudad, la cual desde aquella fecha desapareció para siempre de la escena. Otra marcha rápida á la Mesopotamia acabó con la invasión de las fuerzas persas, y en seguida se dirigió Aureliano al sur para castigar á los egipcios sublevados. Las tropas de Firmo no resistieron; Alejandría fué tomada por asalto y el castillo tuvo también que rendirse; Firmo fué crucificado como simple salteador de caminos, y Aureliano, para quitar á la población el deseo de nuevas sublevaciones, y para asegurar la exportación del trigo, interrumpida desde muchos años, hizo arrasar el castillo con todo el barrio magnífico que lo rodeaba, el antiguo palacio de los Tolomeos y el Museo.

Hecho esto, regresó á Europa para completar la restauración del imperio con la reconquista de la Galia. Poco trabajo le costó esta empresa, porque el emperador especial Tétrico hacia tiempo estaba cansado de su situación, que bajo la púrpura usurpada ocultaba solo disgustos y miseria. La posición de este hombre, benévolo y animado de las mejores intenciones, había perdido su principal apoyo con la muerte de la enérgica ex-emperatriz Victorina. Tétrico era demasiado bondadoso para reprimir con mano fuerte la indisciplina del ejército. Además el emperador Claudio con solo su fama había determinado á los españoles á dejar el partido de este emperador, y una legión estacionada en Autun, en Francia, que en el año 269 le había aclamado, mudó de parecer é invocó el auxilio de Claudio. Este, sin embargo, viendo que mas urgía rechazar á los godos del lado del Danubio, había muerto sin acudir á la Galia; lo cual permitió á Tétrico continuar por algunos años mas desempeñando su papel de emperador, por cierto con gran disgusto suyo, por verse continuamente comprometido por la indisciplina de sus soldados y amenazado por las intrigas de su general Faustino. En tan apurada situación entró en negociaciones secretas con Aureliano ofreciéndole su auxilio para la recuperación de la Galia; y cuando Aureliano se presentó, á principios del año 274, en la batalla que se dió cerca de Chalons del Marne se pasó Tétrico con sus partidarios á las filas del gran restaurador del imperio, y la mayor parte de sus generales no opusieron seria resistencia.

A principios del año 274 volvió á estar reunido el imperio romano bajo una sola mano. Aureliano celebró en Roma una entrada triunfal magnífica, adornada con gran número de prisioneros, sobresaliendo entre ellos la hermosa Zenobia, y el ex-emperador, general y senador Tétrico, de célebre memoria. Además figuraron en este triunfo muchos godos y un botín inmenso. Coronó Aureliano su obra perdonando extravíos y olvidando agravios; Zenobia fué alojada en una quinta junto al Tíber, donde pasó el resto de su vida en situación acomodada y tranquila; Tétrico fué tratado por el emperador con verdadero cariño y colmado de honores, agraciado con un suntuoso palacio en el monte Celio y encargado finalmente del gobierno de Lucania, ó según los historiadores modernos, nombrado magistrado superior de los municipios de Italia; pero gozó poco de estas distinciones, porque parece que murió aquel mismo año ó al principio del siguiente.

También se ocupó Aureliano en curar enérgicamente el

terrible cáncer interior del imperio: la confusión monetaria, pero no se puede fijar el órden cronológico de las reformas que introdujo. La moneda de plata había ido empeorando en el reinado de Claudio, y durante algun tiempo en el del mismo Aureliano. Felicísimo, el director general de contabilidad y de la moneda, había defraudado al Estado en escala espantosa y con una desvergüenza inaudita, quedándose con la plata y acuñando en lugar de ella monedas de metal blanco, compuestas de una aleación de cobre con estaño y una partícula mínima de plata. Este abuso fué extirpado por el emperador con su energía brutal é inflexible, porque no solamente recibieron el condigno castigo el defraudador encumbrado y sus cómplices, sino que decretó Aureliano sin misericordia que las monedas de plata en circulación pasasen en adelante por su valor real y efectivo, que era aproximadamente de cuatro céntimos de peseta, en lugar de una peseta y setenta céntimos. Para salir del caos no había evidentemente otro remedio eficaz, si bien era cruel y conmovió efectivamente todo el imperio como una especie de terremoto causando desastres innumerables é inmensos, especialmente en la capital. Las riquezas aparentes quedaron desvanecidas como humo, y no había familia, por modesta que fuese su situación, que no se resintiera dolorosamente de la súbita bancarrota del Estado. En Roma estalló una terrible sublevación, en 271 segun unos y segun otros en 274, con motivo de la ejecución capital del infame Felicísimo; pero fué sofocada, no sin gran derramamiento de sangre, muriendo en el combate de las calles, entre soldados y ciudadanos, siete mil hombres.

No se limitó á esto el emperador Aureliano, sino que para centralizar la fabricación de la moneda en manos del gobierno, quitó este derecho á todos los municipios que hasta entonces lo habían tenido, y que probablemente habían cometido peores abusos si cabe que el mismo gobierno imperial. Exceptuóse de esta medida solo la ciudad de Alejandría, que conservó su privilegio hasta el reinado de Diocleciano; pero el Senado perdió su antigua facultad de acuñar moneda de cobre. Quiso el emperador restablecer el peso de ley del doblon de oro, que era un cincuentavo de libra, y por supuesto, mandó que la plata volviera al tipo legal; mas para llevar á cabo semejante reforma era demasiado grande la miseria en aquel tiempo y fué demasiado corta la vida del emperador, que ni tiempo tuvo de recoger toda la moneda de plata falsa. Esta moneda, reducida á su valor verdadero, se admitía al tipo de quinientas á quinientas veinticinco piezas (aurelianos) en cambio de un doblon de oro, cuyo valor verdadero era de 21'25 pesetas. Las monedas de cobre recibieron curso legal, y el emperador estableció muchas nuevas casas de moneda en las provincias, que continuaron trabajando hasta en la época bizantina. Aureliano hizo también una activa guerra á los abusos, desórdenes y fraudes de toda clase que se habían introducido en la administración, principalmente en tiempo de Galieno, mientras por otra parte repetidas veces, en celebración de sus diferentes victorias, condonó muchos atrasos de impuestos y pagos debidos por particulares al tesoro, y cuidó con celo especial de que la capital estuviere siempre abastecida de víveres baratos. No escaseó tampoco los repartos acostumbrados en las grandes fiestas, no ya solamente de cereales sino también de carne, aceite y ropas.

Al propio tiempo continuó trabajando como sus predecesores en el perfeccionamiento del sistema monárquico absoluto, tendencia que hubieron de sentir mas que nadie el Senado y sobre todo el ejército, tan acostumbrado á pronunciamientos. Decía Aureliano que Dios daba el poder á los soberanos y en su mano estaba la duración de este

poder. Por esto llevaba también en las ceremonias oficiales una diadema y un traje precioso de un tejido de seda y oro. No continuó al parecer el sistema de sus antecesores, especialmente de Septimio Severo y Caracalla, de subdividir las grandes provincias en varias pequeñas, como hicieron en España separando de la Tarraconense las de Asturias y Galicia, y en Africa la de Numidia, cuyo gobernador era el jefe de la legión III acantonada en Lambesa; pero continuó la práctica de separar la autoridad civil de la militar, nombrando generales en jefe para las fuerzas acantonadas en las fronteras. Por lo demás, con el nombramiento de corregidores de los municipios de Italia, continuó la política inaugurada por Caracalla de igualar la Italia á las provincias.

En poquísimos años había hecho Aureliano trabajos inmensos; pero á pesar de esto el imperio, despues de rechazados los peligrosos enemigos del Norte y Nordeste, despues de vencidos y recobrados los estados separatistas, despues de haber desaparecido la peste y despues de la desastrosa bancarrota de la hacienda, todavía ofrecia un aspecto lastimoso, comparable con el que ofrece un país de vegetación tropical despues de un ciclón ó el que presentan las playas septentrionales despues de una marea excepcional. El lustre del mundo antiguo había quedado destruido, y si desde entonces tuvo el mundo romano algunos momentos de reposo hasta la gran tempestad de los godos y hunos en el último tercio del siglo IV, hubo etapas de durísima lucha por la existencia y de medidas prácticas que nada tenían de poéticas.

Aureliano, á principios del año 275, sin sospechar que este año había de ser el último de su reinado y de su vida, visitó la Galia y la Vindelicia con objeto de asegurar de nuevo las fronteras. Despues pasó á la provincia de Iliria para marchar desde allí con un gran ejército al Eufrates, intentando hacer la guerra al rey de Persia; pero el destino había decretado otra cosa. Uno de los mas altos jefes de la cancillería imperial habíase comprometido de una manera gravísima, se ignora en qué concepto, y llegó á temer el rigor inexorable de Aureliano. Para salvarse no vió otro medio que la muerte del emperador; á este fin hizo creer á varios altos jefes del ejército que Aureliano, ya por motivos fundados, ya simplemente por mal humor ó ingratitud, había determinado condenarlos á muerte. Debió de haber motivos para hacer verosímil esta noticia, porque se formó una conspiración, y uno de los conjurados, el general Mucapor, asesinó al gran emperador en Cenofrurio, estacion militar de la Propóntide, entre Perinto y Bizancio. Este crimen ocurrió el 25 de mayo del año 275.

Fuese que ninguno de los generales se atreviera á usurpar la púrpura, para no cargar con la sospecha de ser cómplice del asesinato y atraerse la ira del ejército, que clamaba venganza, ó fuese que todos los generales principales ambicionasen lo mismo, ó que prevaleciera en el cuartel general una idea política racional y legal, el caso fué que los generales, de acuerdo con el ejército, se dirigieron al Senado para suplicarle que nombrara un nuevo emperador de su seno. Despues de negociar y consultar durante meses, convencióse el Senado de la voluntad sincera del ejército, y muy halagado de tantas muestras de respeto, procedió á la elección; pero cometió la falta de elegir para este alto puesto, creyendo ser desde entonces el poder supremo del imperio, á uno de sus miembros, persona nobilísima, respetada, querida, rica, pero ya con un pié en la tumba, pues que contaba setenta y cinco años, á saber, Cayo Marco Claudio Tácito, que pasaba por descendiente del gran historiador del mismo nombre que había florecido en tiempo de Trajano. El nuevo emperador fué proclamado en 25 de setiem-